

tarea con la cabeza despejada antes de salir de su gabinete! Pienso empezar este nuevo régimen el martes de Pascua. No vale la pena hacer el cambio antes de volver de nuestra excursión (1).

13 de Abril. — Al Museo Británico. Hojeé los *Viajes* del duque de Toscana, y encontré el pasaje cuya existencia niega Croker. Las ligerezas de este hombre son verdaderamente increíbles. El artículo ha sido acogido con general desdén. Realmente, Croker me ha hecho un gran servicio. Yo temía una fuerte reacción, el efecto natural de tal éxito; y si el odio le hubiese dejado sacar el mejor partido posible de sus escasas facultades, hubiera podido perjudicarme mucho. Hubiese hecho grandes concesiones; hubiese adoptado un tono suave de reconvención amistosa, y hubiese buscado verdaderas tachas, que bien sé yo que hubiera podido encontrar fácilmente. En vez de eso, ha escrito con tal rencor que ha disgustado á todo el mundo. Casi debo tenerle lástima. Pero es mala, malísima persona; un oprobio para la política y para las letras.

Corregí mi artículo sobre Addison para incluirle en la colección de *Ensayos*. Omitiré todas las críticas sobre los dislates de miss Aikin. Ella me ha tratado mal, y ese es el desquite más honroso y caballeresco.

Viernes, 5 de Mayo de 1849. — Día feliz para empezar un nuevo volumen de mi Diario. Tiempo espléndido. Una carta de lord John participándome que ha dado á mi hermano Juan el beneficio de Aldingham, de 1.100 libras anuales, en un hermoso país y en medio de una excelente población. ¿Se vió nunca tal prosperidad? Escribí unas cuantas líneas de viva gra-

(1) En la Pascua de 1849 fuimos á Chester, Bangor y Lichfield.

titud á lord John. A casa de Longman. Pedido un millar de ejemplares de la quinta edición. Longman me ha mandado el *Libro de memorias de Southey*: una plasta de las mayores que se ven en librerías.

Mientras me vestía, leí algo de la correspondencia del doctor Parr. He hojeado á ratos perdidos sus obras y sus Memorias, durante la semana última. Ciertamente distan mucho de ser pura patraña; pero hay tanta patraña que dan tentaciones de negarle el mérito que poseía realmente.

28 de Junio. — Después de almorzar, al Museo, donde estuve hasta las tres leyendo y tomando notas. Hojeé tres tomos de periódicos y discursos. Encontré algunas cosas curiosas que serán de utilidad inmediata; pero el fruto principal de estas investigaciones es que el espíritu se transporta siglo y medio atrás, y se familiariza con la manera de pensar y con los hábitos de generaciones pasadas. Creo que me hago rápidamente dueño del asunto; por lo menos, más dueño que los escritores que le han tratado hasta hoy.

29 de Junio. — Fui al Museo Británico y estuve leyendo y tomando notas hasta cerca de las cinco. Hallo un placer creciente en esta ocupación. El reinado de Guillermo III, tan misterioso para mí hace unas pocas semanas, empieza á dibujarse claramente. Comienzo á ver los hombres y á comprender todas sus preocupaciones y recelos.

30 de Junio. — Hoy ha quedado cerrada mi cuenta anual con Longman. Ahora puedo decir que mi libro ha sufrido muy bien la prueba de la crítica. Tengo motivo para estar contento. Los adversarios más furiosos y de más mala fe no han podido negarme mérito como escritor. Todos los críticos, que se precian algo de imparciales, me han tributado alabanzas, que

puedo lisonjearme de juzgar merecidas. Mi empresa de ahora es más árdua, y obtendrá, probablemente, menos aplauso. Sin embargo, yo tengo buenas esperanzas.

He recibido unas líneas del príncipe Alberto. Desea verme mañana á las tres en el Palacio Buckingham. Le respondí como un cortesano; pero ¿qué voy á decirle? Porque, sin duda, quiere consultarme sobre la cátedra de Cambridge (1). ¿Cómo puedo yo ser justo á la vez con Stephen y con Kemble?

*Sábado, 1.º de Julio.*—Fuí al palacio. El príncipe, con gran asombro mío, me ofreció la cátedra, y me instó á aceptarla con gran ahinco y con mil expresiones lisonjeras. Yo estaba resuelto, y respetuosamente y con protestas de gratitud, decliné. Hubiera rehusado, aunque sólo fuese para que nadie pudiera acusarme de jugar sucio: porque me ha costado bastante mantenerme neutral entre Stephen y Kemble; y si ahora me alzase con las ganancias, no podría asombrarme de que los dos concibiesen injustas sospechas de mí. Pero, además, yo soy como el lobo de la fábula. No puedo tolerar el collar, y me he librado de collares mucho más hermosos y ricos que este. Sería extraño que, habiendo sacrificado á mi libertad un puesto en el gabinete y 2.500 libras anuales, sacrificase ahora mi libertad á una cátedra de Cambridge y á 400 libras. Por otra parte, yo nunca he podido hacer dos cosas á la vez. Para desempeñar bien la cátedra tendría que renunciar á mi *Historia*; y renunciar á mi *Historia* sería renunciar mucho más que los emolumentos de la cátedra—suponiendo que los emolumentos fuesen para mí lo principal, y no lo son ahora, ni lo han sido nun-

(1) La cátedra de Historia moderna. La cátedra fué desempeñada posteriormente por sir James Stephen.

ca.—El príncipe, cuando me vió resuelto, me consultó sobre los otros candidatos.

*21 de Julio.*—He ido á un puesto que hay cerca del Puente de Westminster, donde vi ayer algunos tomos de *The Morning Chronicle*, y compré varios para continuar mi colección. Leí el *Morning Chronicle* de 1811. ¡Qué ignominiosamente trataba la prensa whig al duque de Wellington hasta que su mérito fué demasiado patente para ser discutido! ¡Qué inconcebible mente injustos hace á los hombres el espíritu de partido!

Algún escritorzuelo del *Morning Post* tiene ahora entre ceja y ceja á Trevelyan, y escribe varios absurdos contra él todas las semanas. El probablemente no se enterará nunca de tales escritos, y con seguridad no hará caso de ellos. Esas cosas no pueden hacerle ningún daño; y, con todo, yo, que jamás me he alterado por ataques de ese linaje, y que no me hubiese tomado la más mínima molestia por conseguir que se trocasen en alabanzas los insultos que me ha dirigido el *Morning Post*, no puedo menos de irritarme al ver esta maldad tan baja, tan rastrera. Fuí al Museo, y pasé allí dos ó tres horas provechosas y agradablemente consultando mapas y documentos relativos á Londonderry. Algo puedo yo hacer de esta materia, si es que no he perdido mi habilidad.

*3 de Agosto.*—Estoy acabando la *Vida de Byron* de Tomás Moore. Es un mal libro. ¡Pobre mozo! Sin embargo, era malo y horriblemente afectado. Pero ¿qué le faltó de todo lo que puede echar á perder á un hombre? Si á los veinticuatro años hubiese yo sido par y el poeta más popular y el Lovelace más afortunado del día, hubiese sido tan presumido, y quizá tan malo como él. Designé algunas horas al *Don Juan*, y no en-

cuentro motivos para modificar la opinión que formé hace veinticinco años. Los dos primeros cantos son la obra maestra de Byron. Los dos siguientes no son inferiores al promedio de lo que él hacía. Después empieza el descenso, y á lo último cae al nivel de sus imitadores de los *Magazines*.

Macaulay pasó la segunda mitad de Agosto en Irlanda; y, como de costumbre, los días que precedieron al viaje los empleó en estudiar la literatura del país. Leyó rápidamente la *Correspondencia* de Swift, y todo un estante, por lo menos, de novelas irlandesas; leyó con más detenimiento la *Vida de Sheridan*, de Moore y la de Flood, que distó mucho de satisfacerle. Un libro estúpido y mal escrito. El era un hombre notable, pero no acreedor á gran estima. Recorrí las *Memorias* de Wolfe Tone. A despecho de su odio furibundo é irracional hacia Inglaterra, hay algo en ese hombre que no deja de gustarme. ¿Cómo será que el odio de un irlandés ó de un francés hacia Inglaterra no excita en mí ningún rencor? Supongo que lo impide mi orgullo nacional. Inglaterra es tan grande que un inglés se preocupa poco de lo que los demás piensan ó dicen de ella.

16 de Agosto de 1849.—El tren expreso llegó á Holyhead hacia las siete de la tarde. Entre Londres y Bangor lei las vidas de los emperadores, desde Maximino hasta Carino inclusive, en la *Historia Augusta*, y fui muy entretenido é interesado. Es lástima que falten en la serie Felipe y Decio. La extraña inclinación de Felipe hacia el cristianismo y el vigor y capacidad de Decio y su inveterada hostilidad hacia la nueva religión serian muy interesantes aun en la peor historia; y ciertamente, no es fácil encontrar peores historiadores que Trebelio, Capitolino y Vopisco. A pesar de

todo, me gusta su simplicísima garrulidad; me hace á veces un efecto semejante al de Pepys.

En cuanto estuvimos á bordo nos hicimos á la mar. Soplabla viento fresco y contrario y el mar estaba alborotado. Se puso el sol majestuosamente; y como no podía leer, recurrí á una sustitución excelente de la lectura. Recorrí mentalmente el *Paraíso Perdido*. Todavía pude repetir la mitad de él, y la mitad mejor. Nunca la saboreé tanto. En el diálogo del fin del cuarto libro Satán y Gabriel llegaron á parecerme enteramente dos personajes de Shakespeare. Sharp me contó una vez que el actor Henderson solía decirle que no había en el drama inglés mejor escena que esa. Ahora comprendo la verdad de la observación. ¡Qué admirable es este golpe á la manera de Eurípides!

*But wherefore thou alone? Wherefore with thee  
Came not all hell broke loose? (1).*

He de probar á poner el pasaje en yámbicos griegos, ó pediré á Ellis que lo haga, que él lo hará mejor.

Llegaba al fin de la conversación entre Rafael y Adán, admirando más que nunca la sublime cortesía del arcángel, cuando vi las luces de la bahía de Dublín. Me gusta entrar en un puerto de noche. Siempre me ha impresionado mucho el contraste entre el mar desierto, solitario, y la vida y tumulto de un puerto al arribar una embarcación.

17 de Agosto.—A Dublín, en tren. Los edificios públicos me parecieron á primera vista muy hermosos; y hermosos se reputarian aun en París. Sin embargo, el antiguo Parlamento, del cual había esperado yo mucho, no llegó á la altura de mis ilusiones. Es

(1) Mas ¿por qué tú solo? ¿Por qué no vino contigo á desencadenarse todo el infierno?

hermoso, sin duda, y aun más que hermoso; pero es demasiado bajo. Si tuviese doble elevación de la que tiene sería uno de los edificios más majestuosos de Europa. Es digno de nota que la arquitectura es el único arte en que la simple masa es un elemento de sublimidad. Hay más grandeza en una joya griega de un cuarto de pulgada de diámetro que en la estatua de Pedro el Grande de Petersburgo. Hay más grandeza en la *Visión de Ezequiel* de Rafael que en todas las varas de lienzo estropeadas por West y Barry. Pero no puede ser grandioso ningún edificio de muy reducidas dimensiones, ni insignificante un edificio tan alto como las Pirámides ó el Coliseo. Las Pirámides son una prueba; porque, ¿qué cosa habría en la tierra más ruin que una pirámide de 30 pies de altura?

La lluvia era tan copiosa que tuve que volver en un carro cubierto. Yendo en tan detestable vehículo, pasé la vista por la correspondencia entre Plinio y Trajano, y vi que Trajano hacía un papel de mucho valor. Miré por fuera la *Christ Church*, y no sentí la menor tentación de verla por dentro. No así la catedral de San Patricio. Aunque en estado lastimoso—sufriendo reparaciones sin terminar por falta de recursos—es aún una iglesia notable; pero su principal interés es histórico. En el coro vi la tumba de Schomberg y la furiosa sátira escrita encima por Swift (1). A mano opuesta, las espuelas de Ruth y la bala que le mató: un adorno no muy cristiano para

(1) «La inscripción que hay sobre la lápida de Schomberg refiere cómo el deán y el capítulo de San Patricio instaron en balde á los herederos del duque para que le erigiesen un monumento, y cómo al fin tuvieron que erigírsele ellos mismos. La última línea dice así: «*Plus potuit fama virtutis apud alienos quam sanguinis proximitas apud suos.*»

las inmediaciones de un altar. En la nave están enterrados Swift y Stella. El busto de Swift es la mejor imagen de él que he visto nunca: sorprendente y lleno de expresión. Pasando luego por Kevin Street, vi el Deanato; no la casa de Swift, aunque en el mismo emplazamiento. Algunas de las casuchas que hay enfrente deben haber existido en su tiempo; y sus inquilinos figuraron probablemente entre las personas que le pidieron prestadas pequeñas cantidades ó se le quitaron el sombrero en la calle.

24 de Agosto, Quillarney.—Un día de afanes. Voy viendo que, ó tengo que renunciar á la parte más hermosa de la excursión, ó tengo que montar en un jaco. Los jacos no son cosa de mi devoción. Sin embargo, me daba vergüenza cejar, y cabalgué doce millas, con un guía, hacia el lago Superior, donde encontramos la lancha, que se había enviado con cuatro remeros. Uno de los barqueros se vanagloriaba de haber llevado veinticuatro años antes á sir Walter Scott y á miss Edgeworth. Eso le indemnizó, según decía, de haber faltado á una ejecución que se llevó á efecto aquel día mismo. No hay nada que pueda superar á la belleza del lago Superior (1). Volví á casa después de siete horas de correría, durante las cuales fui doce millas á

(1) «Hillarney vale la pena de molestarse (escribe Macaulay á Mr. Ellis). Jamás he visto en mi vida nada más hermoso, y puedo decir que ni tan hermoso. Figúrese usted un Windermere, pero más bello, en esa parte del Devonshire, donde crece espontáneamente el mirto. Las bayas rojas son más encarnadas; los brezos más opulentos, los helechos mismos de formas más delicadas que en ninguna otra parte. Bosque le hay por todos lados. La hierba es más verde que todo lo que yo he visto. Da verdadero gozo ver esto. No se permite que permanezca ninguna oveja más de unos cuantos meses en ninguna de las islas de los lagos. Pregunté por qué. Me contestaron que reventarían de gordas.»

caballo y unas veinte en bote. No había montado en un caballo desde que en Junio de 1834 atravesé con el capitán Smith el jardín de Mango, cerca de Arcot. Yo estaba muy satisfecho de lo bien que me tenía; y el guía, á quien había puesto al corriente de mi falta de habilidad, se declaraba profundo admirador de mi modo de ir al paso ó trotando. Su lisonja me complació más que muchos de los elogios tributados á mi *Historia* (1).

Después de las dos semanas de Irlanda, Macaulay pasó otras dos en Francia, y luego se dedicó asidua y continuadamente á concluir el cap. XII. Durante semanas seguidas la reseña de cada día empieza ó concluye con estas palabras: «Mi tarea.» «Hice mi tarea.» «Mi tarea y algo más.»

22 de Setiembre. — Escribí la ración ordinaria—seis cuartillas grandes de mis garabatos, que harán unas dos páginas de impresión.—Espero seguir á este paso durante la mayor parte del año. Si lo hago así,

(1) En una carta escrita desde Dublin durante el viaje de regreso, dice Macaulay: «Me sorprendió agradablemente lo que vi de la condición de los habitantes de Meath y Louth, cuando fui al Boyne, y no me llamó mucho la atención nada de lo que encontré al dirigirme en ferrocarril desde Dublin á Limerick. Pero desde Limerick á Killarney, y desde Killarney á Cork, no sabía si reír ó llorar. Cientos de viviendas arruinadas, abandonadas por los últimos moradores, que habían huido á América; la gente trabajadora vestida literalmente, no retóricamente, peor que los andrajosos de Inglaterra; los niños de todos los pueblos acercándose á mendigar á todos los coches y carros que pasan por allí. Pero basta. Yo no puedo remediar este estado de cosas, y nada adelanto con atormentarme por él. Me consuela el pensar que entre el más pobre campesino inglés y el campesino irlandés, hay espacio holgado para diez ó doce grados bien acentuados de pobreza. En cuanto á agitación política, esa está muerta y enterrada. Jamás vi sociedad tan satisfecha al parecer con sus gobernantes. La reina hizo la conquista de todos los corazones.»

el venidero Setiembre habré acabado de primera intención el tercer tomo. Por supuesto, el trabajo de pulir y retocar será una labor inmensa.

2 de Octubre. — Escribí largo y tendido. No recuerdo haber compuesto nunca con más facilidad y placer que últimamente. He pasado con mucho de mi tarea. Sólo anotaré los días en que me quede corto, y confío en que ha de transcurrir mucho tiempo antes de que tenga que hacer tal anotación.

9 de Octubre. — Me he vuelto á poner á escribir, pero no estaba en vena. Supongo que no interrumpiré hoy, por primera vez, la buena costumbre que contraí al volver de Francia. Ha venido á verme un francés, un á modo de literato, que ha traducido algunos trozos de mi *Historia*. Cuando se fué, me empujé en el trabajo, como solía decir Johnson, é hice mi tarea, pero algo á regañadientes.

25 de Octubre. — Mi cumpleaños. Cuarenta y nueve de edad. No tengo ningún motivo de queja. Regular salud, suficientes recursos, libertad, tiempo, parientes y amigos muy queridos, una gran reputación literaria y aun puedo decir muy grande.

*Nil amplius oro,*

*Maiá nate, nisi ut propria haec mihi munera faxis.*

Pero ¿qué es lo que pido? Mi fortuna está bastante asegurada contra todo, salvo una calamidad pública. Mi libertad depende de mí mismo, y no renunciaré á ella fácilmente. Respecto á fama, puede marchitarse y morir; pero creo que la mía tiene raíces más profundas. No puedo menos de creerlo, puesto que hasta los artículos que escribí precipitada é imperfectamente para la *Revista de Edimburgo* son apreciados por una

generación que ha nacido desde que se publicaron por primera vez. Mientras que de los de Jeffrey se han vendido dos ediciones y cuatro de los de Sidney, los míos están reimprimiéndose por séptima vez. Luego en cuanto á mi Historia, no hay cambio aún en la opinión pública de Inglaterra. Los Estados Unidos, Francia y Alemania confirman el juicio de mi propio país. He visto no menos de seis artículos alemanes, todos laudatorios en grado sumo. He ahí una respuesta suficiente á los detractores que atribuyen el éxito nacional de mi obra al arte con que he hablado á sentimientos puramente locales y temporales. Yo tengo la conciencia de no haber tratado de dirigirme á tales sentimientos, y de haber escrito con la vista fija siempre en un pasado remoto y en un remoto porvenir. El aplauso de Charleston, de Heidelberg y de París ha llegado hasta mí esta misma semana; y esa unanimidad entre hombres tan distantes, me lleva á creer que he dado cima realmente á la alta empresa que acometí, y que he hecho algo que vivirá. ¡Cuánta palabrería! Pero, en el día de su cumpleaños, hay que dispensarle á uno que mire hacia atrás y hacia adelante.

No hice toda mi tarea; pero tengo que coser un gran retazo de púrpura (1), y necesito tomarme tiempo. He tenido una alegría al saber el nombramiento de Milman para la iglesia de San Pablo—una alegría tan sincera como si me hubiesen dejado un buen legado.

5 de Diciembre. — He comprado el nuevo volumen de Thiers, y le leí en la calle. Está bastante bien en lo de Vimiera y Coruña, y es justo con los oficiales in-

(1) El socorro de Londonderry.

gleses, aunque no tanto con los soldados rasos. Después de comer he vuelto á leer á Thiers, y le he concluido. Temo decir á otras personas cuánto me dejan que desear historiadores que pasan por buenos. La verdad es que yo no admiro más historiadores que Heródoto, Tucídides y Tácito. Quizá en su género, un género muy especial, puedo añadir Fra Paolo. Los escritores modernos que poseen la mayoría de las grandes cualidades de los antiguos maestros de la Historia, son algunos escritores de Memorias; por ejemplo: Saint Simon. Tienen mérito, sin duda, Hume, Robertson, Voltaire y Gibbon. Pero no es esa la cosa. Yo tengo una idea de la Historia más justa, en mi sentir, que la suya. La ejecución es otro asunto. Pero yo espero mejorarla.

En una carta de 19 de Diciembre de 1849 escribe Macaulay: «Lord Spencer me ha invitado á hojear sus papeles de familia: una gran prueba de liberalidad, cuando se considera que es descendiente directo de Sunderland y de Marlborough. En general es risible ver lo que cuesta á los hombres el que se diga la verdad sobre sus antepasados. Tengo curiosidad de ver esa hermosa biblioteca, la más hermosa, creo, de las bibliotecas particulares de Inglaterra.»

20 de Diciembre. Althorp.—En esta casa son muy madrugadores. Almuerzo á las nueve, precedido de oraciones en la capilla. Llegué á ella con el tiempo contado. Después de almorzar fui á la Biblioteca. A la primera ojeada vi lo vasto de la colección. Me servía de cicerone Mr. Appleyard. Aunque no muy dado á admirar las simples curiosidades de las bibliotecas, me recreé contemplando los antiguos ejemplares del arte tipográfico hechos en Maguncia, los *Caxtons*, el *Homero de Florencia*, los *Aldus*, el célebre *Bocaccio*.